

## SIR JACK Y EL CABALLERO TAXISTA

Las novelas autobiográficas suelen tener una baza a favor desde el mismo comienzo: conmueven. Demorarse en la propia experiencia siempre parece generar una corriente de empatía entre autor y lector o, mejor, entre narrador y lector, porque la empatía no radica en su profesión de escritor sino en los conflictos, pasiones, anhelos, logros y frustraciones que lo vapulean y lo vencen. Basta con que tengamos esas premisas en mente para darnos cuenta de que *Satori en París*, de Jack Kerouac, es algo más que el equivalente del siglo xx de *Sir Gawain y el caballero verde*, el romance anónimo del siglo xiv que ejemplifica las virtudes caballerescas del valor y la lealtad leído por Kerouac «un año antes»<sup>1</sup>; es también una expiación de ciertas preocupaciones religiosas que asaltaron a su autor en los últimos años de su vida.

Si en *Los vagabundos del Dharma* Kerouac quiso teorizar las prácticas filosóficas orientales, en *Satori en París*, presuntamente escrito en una semana tras un viaje infructuoso a París en busca de sus raíces francesas en junio de 1965 (dos años después de la aparición de *Rayuela*, de Julio Cortázar, en la que Oliveira, argentino que vive en París, recorre las calles del barrio latino buscando a la Maga), quiso «demostrar que independientemente de cómo se viaje, de los atajos que se tomen, del cumplimiento o no de las expectativas, uno siempre acaba aprendiendo algo». Y ese algo, aprendido mientras uno no cesa de moverse, aunque sea sin un destino definido como en *En el camino*, es lo que «transmite religiosidad, o reverencia religiosa acerca de la vida real».

Pasado el entusiasmo de la carretera —son pocos los que saben que el escritor americano era un pésimo conductor al que no le gustaban los coches—, Kerouac se refugió en el alcohol y la religión. «No soy un *beatnik*. Soy un católico. Cuando oscurece, a la caída de

---

<sup>1</sup> *Jack Kerouac*, Gerald Nicosia, Circe, Barcelona, 1994.

la tarde, corro a refugiarme a la iglesia. Ah, es cierto, a medida que se envejece uno se vuelve más... genealógico», dijo en una ocasión. No cabe duda de que la historia de su apellido paterno Kéroack —escrito Kirouac en su partida de nacimiento, aunque él prefería la grafía de sus antepasados franceses, los Lebris de Kerouac— fue una obsesión recurrente a lo largo de su vida.

Si el número de veces que algo se pregunta guarda relación con su importancia, las preguntas de Kerouac sobre sus antepasados ingleses y franceses deberían estar a la altura de las cuestiones existenciales de sus novelas más famosas: *En el camino*, *Los subterráneos* o *Los vagabundos del Dharma*. De los antepasados siempre heredamos alguna tarea que ellos dejaron incompleta a su muerte: cuidar de sus pertenencias, no desatender las necesidades del insigne apellido escrito de mil maneras distintas, dar incluso con la pista de sus asesinos... Es difícil adivinar cuáles son las necesidades de los muertos con respecto a los vivos, y viceversa.

Los hombres conscientes, dijo el poeta inglés John Milton, no creen en la casualidad. Su voluntad es el destino, ese capricho continuo sobre el que, para bien o para mal, las novelas de Kerouac no se cansan de girar en busca de una revelación. «La revelación —escribió Tom Spanbauer en *La ciudad de los cazadores tímidos*— surge cuando vas en una dirección y luego ocurre un marrón y entonces vas en otra dirección y por algún motivo esta vez te detienes, adviertes lo que había allí desde el principio». Desde *En el camino* hasta *Satori en París*, la última de las novelas denominadas «del camino» hasta ahora inédita en España, su obra está imbuida del deseo de búsqueda antes que del de la huida, como sucede con las novelas de caballería del ciclo artúrico. «Sabía que durante el camino habría chicas, visiones, de todo; sí, en algún lugar del camino me entregarían la perla».

Al igual que en su novela inaugural, en *Satori en París* Kerouac buscó la perla, o el Santo Grial, y no lo encontró. Pero en su lugar encontró la iluminación o «satori», gracias a un taxista llamado

Raymond Baillet: «Todo lo que tengo que decir de él, en relación con el hecho de que él pudo ser la causa de mi satori en París, es que era amable, eficiente, cortés, a la moda, distante y otras cosas. [...] Él, Raymond Baillet, es un caballero y un excelente taxista que por azar conmovió a un americano de camino al aeropuerto». No sabemos lo que el taxista le dijo para iluminarle, pero dejó en su escritura algo suave, algo áspero, algo profundo, algo inesperado, algo conmovedor. Todo eso está en *Satori en París* en la excelente traducción de Daniel Ortiz Peñate, realizada con motivo del cuadragésimo aniversario de la muerte del autor, víctima de su espíritu dolorosamente sutil y su sangre quemada por el alcohol.

ANTONIO BORDÓN  
LAS PALMAS, ENERO DE 2009